

Historias de la mitología griega

Graciela Montes

Ilustraciones de Juan Martín Diez



loqueleo

Las peleas de los dioses

5

El pueblo griego fue un pueblo de curiosos y de preguntones. A los griegos no les alcanzaba con ver cómo era el mundo. También querían entenderlo, querían explicarse por qué era así y no de otra manera, por qué había ríos y volcanes, por qué llovía, por qué la gente se enamoraba y se peleaba y se moría.

Para explicar todo lo que sucedía en el mundo, inventaron cuentos, historias. Cuentos que los ayudaban a entender y también a aceptar el mundo tal como el mundo era. Claro está que, para ellos, eran mucho más que cuentos: eran verdades disfrazadas de cuentos.

Esos cuentos que se contaban entre ellos son tan pero tan hermosos, tan divertidos, tan apasionantes que nadie se olvida de seguir contándolos.

A los griegos les gustaba imaginar que, en Tesalia, en lo alto de un monte y detrás de un gran portón de nubes, había un lugar maravilloso: el Olimpo.

El Olimpo era la gran residencia de los dioses. En el Olimpo todo era luz y placer y sus habitantes se pasaban los días reclinados en cómodos lechos, escuchando bellas melodías, bebiendo una bebida única, dulcísima, el néctar, y alimentándose con ambrosía. Mientras tanto, podían espiar lo que hacían los hombres en la tierra.

Pero lo más lindo de estos dioses, lo que resulta de verdad apasionante y entretenido, es que no se quedaban ahí nomás, haciendo de dioses, sino que bajaban una y otra vez a la Tierra para intervenir en los asuntos de los humanos.

En realidad, los dioses de los griegos se parecían mucho a los griegos, como hechos a su imagen y semejanza. Tenían superpoderes, por supuesto, y además eran inmortales, pero se peleaban, sentían celos, se enamoraban, engañaban, mentían y se arrepentían. No era nada raro que algún dios se enamorara de una mortal. Tampoco

era nada raro que una diosa sintiese celos de alguna griega demasiado hermosa o demasiado habilidosa y la castigase implacablemente. En fin, los dioses griegos eran dioses muy temperamentales y muchas veces se portaban mal.

En el Olimpo reinaba Zeus, el rey de los dioses, el rey del cielo. Zeus era el que provocaba las lluvias, la nieve, el viento, las tormentas. Cuando Zeus se enojaba, el cielo rugía con truenos y, cuando blandía su gran arma –el rayo fulminante–, hombres y dioses se asustaban. Pero Zeus no siempre estaba enojado. Muchas veces era un dios bonachón, que protegía a los griegos, se enamoraba de las muchachas lindas y hacía travesuras.

Junto con Zeus vivían varios dioses y diosas: Hera, Atenea, Ares, Afrodita, Apolo, Artemisa, Hefesto, Hebe, Eros...: todos parientes, todos madres, padres, tíos, primos o nietos de algún otro dios.

Formaban una especie de gran familia en la que solía haber tormentas que, tarde o temprano, se arreglaban en torno a una merienda olímpica.

Pero no siempre había sido así. No siempre había reinado Zeus. En realidad, Zeus había comenzado a reinar luego de una gran guerra.

Según contaban los griegos, todo había empezado hacia muchísimo tiempo con el Caos. Para los griegos el principio de todo había sido el Caos. En el Caos, la tierra, el agua y el aire estaban mezclados; estaba la semilla de todo lo que iba a ser, pero nada se distinguía con claridad.

Del Caos nacieron Gea –la Tierra– y Urano –el cielo estrellado-. Gea y Urano se enamoraron y de sus amores nacieron razas de gigantes: los titanes, enormes y poderosos; los cíclopes, que tenían un solo ojo, y los hecatónquiros, monstruos de cien manos.

De los hijos de Gea y Urano, solo los titanes tuvieron la suerte de dominar el mundo, porque a los cíclopes y a los hecatónquiros el padre, Urano, los condenó a volver al vientre de su madre (tal vez porque los encontraba demasiado feos).

Dos de entre los titanes, Cronos –el tiempo– y Rea, su hermana y esposa, lograron

imponerse sobre el resto, y luego sobre sus padres. En feroz batalla Cronos derrotó a Urano y comenzó a gobernar el mundo.

Cronos y Rea tuvieron varios hijos: Poseidón, Hades, Deméter, Hestia, Hera... Pero a esos hijos no les fue demasiado bien. Cronos, el padre, tenía la pésima costumbre de comérselos en cuanto nacían.

No lo hacía por voraz, sino por precavido: antes de morir, Urano le había augurado que algún día le iba a suceder lo mismo que a él: al menor descuido vendría alguno de sus hijos a quitarle el trono. Preocupado por esa amenaza, Cronos había decidido que lo más oportuno era tragarse a los bebés en cuanto nacieran. Y así fue hasta que nació otro hijo: Zeus.

Rea, la madre de Zeus, un poco cansada de que su marido se engulle uno a uno a todos sus hijos, decidió engañarlo y le dio a tragar no al niño sino una piedra envuelta en pañales, que a Cronos posiblemente le cayó pesada, pero de la que no sospechó nada.

Mientras tanto, el bebé Zeus se crio en una cueva secreta, amamantado con la leche de una cabra tan famosa que se la conoce por el nombre: Amaltea.

En cuanto Zeus creció lo suficiente quiso castigar a su padre y rescatar a sus hermanos, que seguían dentro de la panza de Cronos. 10 Ustedes se preguntarán cómo puede ser eso, después de tanto tiempo, pero, bueno, esas son cosas que en los cuentos pueden suceder, sobre todo si son cuentos griegos.

Lo cierto es que Zeus, que se había convertido en un vigoroso y joven dios, obligó a su padre Cronos a vomitar a sus hermanos, y también, por supuesto, la famosa piedra envuelta en pañales que le había salvado la vida.

Y fue entonces cuando comenzó la gran guerra del cielo.

Con la ayuda de estos hermanos que, a pesar de haberse criado encerrados en estómago del padre, se habían convertido en unos muchachos muy fuertes, y con la ayuda también de tres de sus tíos, tres titanes, Zeus empezó una feroz lucha contra Cronos.

De un lado, Zeus, los dioses jóvenes y los tres rebeldes. Del otro lado, Cronos y el resto de los titanes.

Fue una lucha terrible y muy pareja la que se libró, según cuentan, en los montes Olimpo y Otris, y duró diez años.

El cielo retumbaba noche y día con los terribles golpes que se asestaban los inmortales, pero era imposible imaginar quién sería el vencedor. Y tal vez la lucha habría seguido así, eternamente empatada, de no haber intervenido Gea. 11

Gea, como recordarán, era la madre de Cronos, es decir, la abuela de Zeus, y, como suele suceder con las abuelas, no se puso de parte de su hijo sino de parte de su nieto.

Ya vimos que hacía muchísimo tiempo, en el comienzo del mundo, Urano, el esposo de Gea, molesto por el aspecto de algunos de sus hijos, los cíclopes y los hecatónquiros, los había vuelto a sepultar en el vientre de su esposa. (Esto no resulta tan difícil de entender si uno recuerda que Gea era nada más y nada menos que la Tierra).

Lo cierto es que los cíclopes y los hecatónquiros estaban prisioneros desde hacía mu-chísimo tiempo en las entrañas de la tierra, produciendo cada tanto temblores, terremotos y erupciones de volcanes. Y, en tanto tiempo, juntaron mucha rabia.

12 A Gea se le ocurrió que su nieto iba a tener más posibilidades de ganar si conseguía la ayuda de estos prisioneros. Y a Zeus le pareció que su abuela había tenido una idea excelente.

—Bueno, que vayan saliendo —dijo el joven dios.

Los cíclopes y los hecatónquiros salieron desde el fondo de los volcanes, atropellándose unos a otros, escupiendo lava y tapándose los ojos, ya que no estaban acostumbrados a la luz del cielo.

Zeus los reunió a todos y, como general de la tropa de los nuevos, dio instrucciones para la gran batalla, la batalla decisiva.

Fue un combate tan feroz y tan violento que el universo entero se sacudió y algunos planetas saltaron fuera de sus órbitas y se fueron a



estrellar contra los soles. Pero no cupo duda acerca del desenlace: cada cíclope furioso era capaz de aplastar las cabezas de dos titanes y los brazos de los hecatónquiros giraban como molinos contra las mandíbulas y los estómagos de los soldados de Cronos.

14 De más está decir que el bando de los nuevos le ganó al bando de los viejos y que, después del gran triunfo, Zeus y sus hermanos se repartieron el mundo.

Hades iba a reinar en las regiones subterráneas, debajo de la superficie de la tierra, en el reino oscuro y misterioso donde vagaban las almas de los muertos.

Poseidón, en cambio, iba a ser el rey de los mares, el dueño de los naufragios y las bonanzas.

Y Zeus se quedaría con el cielo y con todo lo que estaba bajo la luz del cielo: era el verdadero rey de los dioses. Se casó con su hermana Hera y comenzó a presidir las meriendas del Olimpo.

Pero no terminaron allí las peleas. No todos fueron obedientes a las órdenes del nuevo rey.

Hubo en particular alguien, el hijo de uno de los titanes que Zeus mandó encadenar en el infierno, Prometeo, que le hizo frente.

Prometeo era una especie de primo rebelde. Descontento con el reinado de Zeus, decidió quedarse a vivir en la tierra: no le gustaba el aire que se respiraba en el Olimpo.

Según cuentan los griegos, Prometeo fue el creador de la raza de los hombres: tomó tierra y agua y, con el barro, modeló un cuerpo semejante al cuerpo de un dios. Después le dio vida. Y nació así la primera generación de hombres y mujeres, que pronto se multiplicaron y llenaron la tierra.

Eran ingenuos todavía, indefensos, novatos, ignorantes. Todo tuvo que enseñarles Prometeo: a mirar las estrellas, a contar, a escribir, a navegar, a pensar, a domesticar caballos, a curar enfermedades, a buscar el hierro, la plata y el oro en el corazón de las montañas... Todo. Pero no cabe duda de que lo más heroico que hizo Prometeo por los hombres fue robar el fuego de los dioses y regalárselo.

15

El fuego era divino, estaba en el cielo, y los mortales no lo conocían. Prometeo, resuelto como siempre a ayudar a sus favoritos —y satisfecho de poder, al mismo tiempo, burlarse de su primo Zeus—, preparó un buen leño seco, subió al cielo, encendió su antorcha y volvió a bajar a la tierra.

Zeus vio brillar esa enorme hoguera entre los hombres y sintió una furia tremebunda, una furia de dios. Tenía que planear venganza. Como Zeus era un rey muy nuevo, cuidaba mucho de que nadie discutiera su autoridad. Quería castigar a Prometeo por desobedecer y a los hombres por querer parecerse a los dioses.

Para castigar a los hombres, Zeus imaginó un horrible truco. Le pidió a su hijo Hefesto, que era cojo y muy feo pero muy diestro en fundir y moldear metales con el fuego, que le modelase en el bronce más fino una bella estatua de mujer. Y le pidió a su hija Atenea, gran tejedora, la diosa más astuta e inteligente de todo el Olimpo, que cubriera la estatua con un lienzo blanco y le diese vida con su aliento. Así nació

Pandora, la bella, que parecía una muchacha encantadora e inofensiva, y seguramente lo habría sido de no haber llevado en las manos una caja muy peligrosa.

Pandora fue bajada a la tierra.

El mensajero que la transportaba hizo llamar a Epimeteo, el hermano de Prometeo, y le dijo:

—Epimeteo, aquí los dioses te mandan este regalito —y le sonrió con sonrisa de bueno.

—¿Un regalo? ¿Para mí? —se asombró Epimeteo.

—Sí. Es una esposa. Y muy bella. Además, en las manos trae una caja que también te pertenece.



Epimeteo no lo podía creer. Los del Olimpo, que se llevaban tan mal con su familia, le mandaban ¡dos regalos! Intrigado y complacido, admiró a la bella Pandora que le había caído del cielo y, como era tan curioso como cualquiera, se apresuró a abrir la caja que llevaba en las manos. Quería ver cuál era el segundo regalo que le habían enviado los dioses.

¡Ojalá no lo hubiese hecho! Todos los males del mundo –las enfermedades, los dolores, las tristezas, las desgracias y la muerte– se escaparon de la caja maldita y nos invadieron.

Y parece que fue entonces cuando empezaron los sufrimientos para los hombres, porque hasta ese momento, y gracias a Prometeo, todo había andado a las mil maravillas.

Pero faltaba aún castigar a Prometeo, el rebelde.

Zeus ideó para él un castigo espantoso: sería encadenado a la roca de un precipicio y quedaría ahí preso por siglos y siglos. Para que el dolor fuese mayor, cada día bajaría un águila a comerle el hígado, que volvería a crecer y a hacerse grande, hasta que viniese nuevamente el águila a devorarlo.



20

Parece ser que, encadenado y todo, Prometeo nunca se humilló ante Zeus, nunca pidió perdón y nunca se arrepintió de su amor por los mortales. Aceptó, eso sí, el castigo, porque los olímpicos sabían reconocer cuando habían perdido. Y sufrió y esperó muchos años, hasta que un día llegó Hércules, el gran héroe, y lo liberó de sus cadenas. Pero esa es otra historia y no es tiempo de contarla todavía.

Y así quedaron, según los griegos, las cosas: en el Olimpo, los dioses, a veces amigos, a veces enemigos, siempre poderosos, compartiendo el néctar y la ambrosía; en la tierra, los hombres y las mujeres, con más problemas que antes de la caja de Pandora, pero dueños para siempre del fuego y los grandes inventos con que Prometeo había querido hacerlos un poco más parecidos a los dioses, un poco más libres.

Perseo, el matador de monstruos

Otro de los cuentos favoritos de los griegos era el de Perseo, el matador de monstruos.

Perseo era hijo del mismísimo Zeus, el rey de los dioses, y de Dánae, una griega muy hermosa, hija del rey de Argos.

Por raro que parezca, el padre de Dánae sintió mucho miedo de ese nieto: los adivinos le habían asegurado que el recién nacido era un peligro porque, tarde o temprano, le quitaría el trono.

Como a los reyes lo que menos les gusta en el mundo es que les quiten el trono, el padre de Dánae cortó por lo sano: metió a su hija y a su nieto en un arca y arrojó el arca al mar.

Pero no en vano ese bebé era hijo de Zeus. El rey de los dioses, al que nada se le escapaba, vio el arca flotando, la protegió de las tempestades y la hizo tocar tierra en la isla de Serifo.

21